



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12544

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Provincia.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jere.—Tres meses 11.25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

LUNES 31 DE AGOSTO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cassini 11
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Nuestro huésped

Desde hoy es nuestro huésped el ministro de Marina, Sr. Cobian.

Sea bienvenido y que le sean gratas las horas que permanezca entre nosotros.

El venir del ministro no es en son de guerra contra determinada institución ó establecimiento. Ya lo ha dicho en Cádiz: no es enemigo de la marina ni de los arsenales. A la primera está dispuesto á darle los elementos que le faltan. A los segundos quiere reorganizarlos para que funcionen con la actividad que demanda el país.

La tarea del ministro es simpática; dividiendo aquel, por error inexplicable, de uno de los brazos que han de defenderlo cuando el caso llega, quiere restablecer la armonía estropeada á las gentes el error en que están. Ministro á la moderna, no teoriza cual sus antecesores, mirando desde el ministerio con los ojos de la fantasía el organismo que está bajo su mando. Queriendo conocerlo de viva voz, le llama á su despacho con conocimiento de causa y limpiarlo de las deficiencias que ha mucho tiempo puso de manifiesto el uso, sin que nadie se cuidara hasta ahora de aplicar el remedio.

El señor Cobian es un ministro que trabaja, que pone gran interés en lo que hace, que aspira á tener parte en la regeneración del país. A eso responde su visita á los establecimientos navales del Estado. El quiere saber á fondo cuanto concierne á la marina y se prepara con el estudio que está realizando á contestar á los que le interpelean en las Cámaras, no por lo que

le digan los que tienen el deber de facilitarle antecedentes, sino por lo que haya visto con sus propios ojos y analizado con su propio criterio.

Bienvenido sea entre nosotros el señor Cobian. Su visita nos place, por que vemos en él un hombre de buena voluntad que ha llegado al ministerio que dirige, no para engreirse con los halagos del poder sino para trabajar por el país.

THERETAZOS

Con la desaparición del Roghi pareció terminar lo de Marruecos.

Pero no le ha caído esa breva al Sul Mr.

Lo que le ha caído es un pavor tremendo que le obliga á salir con el trono por-dido.

El ejército le abandona. Los rebeldes le persiguen. Mahoma le deja de su mano.

No le falta más que aparecer de pronto el Padre de la barba, que tiene la vida más dura que un guijarro, para ser hombre al agua.

Pero qué sensiblen son los hijos del profeta. ¿Pasa un han plantado en los límites de Melilla una línea de jalmes, y se cada uno una cabeza humana?

¿Pasa un han plantado á la civilización no sabemos en que parte.

Se verdad que Europa respeta los usos y costumbres de los moros, que son cortarle la cabeza al asesino y ponerla muy alta, para que se vea desde lejos.

Se impone la predicación del evangelio á los moros.

Y el establecimiento de una cátedra internacional para difundir las obras de misericordia.

Sobre todo la de enseñar al que no sabe.

Entre turcos y macedonios van á borrar del mapa la tierra que pisan.

Unos y otros se repican en volar poblaciones y tronos.

Ultimamente han volado un convoy de

mujeres y niños haciendo una treintena de víctimas.

Y Europa con los brazos cruzados, mirando estoicamente cómo se destruyen macedonios y turcos.

Y lo que es mucho peor, sin sonrojarse por el qué dirán.

¡Vaya al hay que decir!

Los macedonios, no dicho sea de paso son tan bárbaros como sus enemigos los turcos, han degollado ciento sesenta soldados del sultán.

Continúa abierto el registro de atrocidades, en cuyos ejercicios se disputan los turcos y macedonios el record.

No sabemos quién vencerá á quien, pues al los turcos son feroces no los van su zaga los costurarios.

Si Europa es media, que no mediana, no va á quedar un combatiente vivo.

Contra la electricidad

Se encuentra sobre el tapete la resolución de un problema que consideramos de suma importancia por lo que tienen los intereses á que afectan.

En una correspondencia de París publicada recientemente por el periódico «La Epoca» de Madrid, se dice que como efecto inmediato de la horrible catástrofe del Metropolitano, se han suspendido las obras que se estaban ejecutando para instalar el alumbrado eléctrico en las nuevas salas de la Biblioteca Nacional de París.

Ignoramos hasta que punto puede ser fundada la resolución del arquitecto del referido edificio, Mr. Pascal, el cual sostiene que de hoy en adelante es necesario prescindir la luz eléctrica de todos aquellos lugares donde abundan las materias inflamables, vista la facilidad con que pueden producirse las incendios.

Pero es el caso que las opiniones de monsieur Pascal están confirmadas por otros eminentes arquitectos parisienses, los cuales han hecho, por un verdadero pánico en la Administración francesa que solo ve por todas parte cortacircuitos y llamas.

¡Qué espantoso desastre sería, escribe «La Epoca», que por un accidente análogo

al ocurrido en el Metropolitano fueran consumidos por el fuego los cuatro millones de volúmenes que encierra la magnífica Biblioteca de París, sus trescientos mil manuscritos y sus colecciones numismáticas, de incalculable valor!

El ministro de Instrucción Pública de Francia, no ha podido ser indiferente al estado de opinión que se ha formado se nuestra por frecuencia con que, con razón ó sin ella, se atribuye á la electricidad el origen de frecuentes y sensibles accidentes.

Para aclarar lo que pueda haber de cierto en las afirmaciones de Mr. Pascal y sus colegas, ha nombrado una comisión compuesta de arquitectos, eruditos, conservadores de bibliotecas ó ingenieros electricistas encargada de dar informe sobre el particular de que tratamos.

Veremos lo que la expresada Comisión dictamina, y si hay ó no fundamento para considerar á la electricidad tan llena de peligros, como los que le atribuye Mr. Pascal y sus eminentes colegas.

En favor de los niños

Desde el viernes de la anterior semana, está en vigor entre nosotros la ley amparadora de los niños, que tiene á arrancar del arroyo al niño abandonado por sus padres, y al alquilón que guía al ciego mendigante en la oscuridad del pedir.

Si no caen en desuso las disposiciones de esa ley, si es que los gastos que ocasionará á los municipios no inducen á estos á hacer la vista gorda, es de esperar que en brevisimo plazo quedará limpia la calle de niños vagabundos, bien porque los padres los recojan, temerosos de las multas con que la ley los amenaza, bien porque la autoridad se haga cargo de aquellos que por no tener padres, tutores ó parientes se encuentran totalmente abandonados.

De las poblaciones en que hay más que hacer con motivo de esa ley bienhechora una es Cartagena. Para demostrarlo basta echarse á la calle y mirar; no hay calle de orden superior ó inferior donde no se observen á cualquier hora del día niños desarrapados que ora son lazaretillos de ciegos

que piden limosna, recogedores de colillas ó precoces obreros de la industria explotadora de la caridad, que á todo eso se dedican por inclinación ó por mandato los niños vagabundos.

Para que se vea que es verdad lo que decimos y que en esto de la niñez abandonada hay que hacer más que en otras en esta población, basta decir que el primer día de la aplicación de la ley fueron recogidos cuarenta y cinco niños y quince el segundo. Sesenta en dos días.

Y se comprende esto. Tenemos un prosidido muy poblado que atrae á esta ciudad un gran contingente de familias que viven en una estrechez rayana en la miseria. Familias de presos, las mujeres se ocupan en lavar, servir, hacer recados y mientras que están ausentes del hogar, los niños pisan la calle, los hijos que pisan la calle, sin tener nada que hacer, sin nada que los ponga en camino de ser útiles.

Además, pesa sobre Cartagena otra plaga: sin dudar por ahí fuera laja y el nombre de industria población significa lo mismo. La población real y la fantástica brindarán al forastero toda clase de dolores, porque hacia aquí converja la hampa provincial y pueblos limítrofes, dándose el caso de que gastándose un tesoro en obras de beneficencia el pauperismo no rebaja de un modo insostenible.

Y aquí se estacionan los mendigos explotando la caridad del prójimo; aquí pero aparecen unos niños ayudándose en la explotación de esa industria pedigrifa que no podemos desterrar.

Si, hay mucho que hacer en este sentido, más que en ninguna parte y será necesario que se haga porque Cartagena tiene derecho á que no haya mendigos por las calles ni niños vagabundos.

Paga muy caro ese derecho y debe disfrutarlo.

Arqueología

Continúan los trabajos de investigación que esta comisión de monumentos viene ejecutando en la antigua necrópolis de esta ciudad. En un túmulo arruinado, y cuya construcción en lo que de ella se conserva

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.

DOS MISERIAS

11

—¿Para qué?—repuso tranquilamente el P. Rigaud
—¡Vuestro paisano no puede quedarse aquí!
—¿Por qué?
—Porque me he dado cuenta, al pagar su cena y su cama, que no le quedaba un cuarto.
—¿Y por eso permitís que se muera como un perro?
—No, al contrario, lo que no quiero es que se muera ahí arriba.
—¿Qué queréis entonces?
—Que se vaya.
—¿Que se vaya...—exclamó la mujer retrocediendo.—¿Cómo tendríais corazón de ponerle en la calle, medio muerto, como se encuentran? ¿qué especie de hombre sois?
—Soy un posadero,—replicó secamente el padre Rigaud,—tengo mi casa para alquilarse y no para cederla á cualquiera que venga. Si bastara estar enfermo para venir en ella de balde, el León de Oro sería en breve un hospital. Vuestro paisano no es paciente ni compadre mio; así pues, no le debo nada, y él me debe á mi el cuarto; que le pague á que se vaya.
—¿Está bien?—preguntó el hombre que no admitía réplicas.—exclamó la joven indignada.
—¡Está bien, yo pagaré,—exclamó la joven indignada.

10 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

ointas, de indefinible color, cubría su cabeza. Su rostro guardaba armonía con su traje: veíanse en él huellas de una hermosura ajada antes de tiempo y de una elegancia natural.
A su entrada Rigaud la detuvo
—Y bien,—dijo con aire brutal.—¿vuestro paisano se ha levantado ya?
—¡Levantado!—exclamó aquella mujer con acento de enojo.—¡Ha intentado sentarse en su lecho, y ni aun puede sostener su cabeza!
El posadero miróla con asombro, y preguntóla con aire de contrariedad:
—¿Qué? ¿está malo?
—Gravemente.
—¡Diablo! ¿y qué va á hacer entonces?
—No tengáis cuidado; yo le cuidaré; pero empieza á manifestarse la fiebre y el delirio, y sería preciso avisar á un médico.
—Un médico,—repuso el padre Rigaud sacudiendo la ceniza de su pipa.—¿Creéis que sería preciso llamar á un médico?
—Cuando os digo que no me reconoce á mí! No hoy que andar perdiendo tiempo: enviad al momento á buscar al que viva más cerca.
El posadero por toda respuesta le volvió la espalda.
—¿Cómo, no respondéis?—exclamó la joven con acento imperioso.

DOS MISERIAS

7

dero; este cargo es semejante al de los reyes constitucionales, que son inutilidad necesaria para el orden; él sirve de escudo al poder de la criada desventurada, él hace pagar su cuenta al viajero recalcitrante y despedido al pasajero insolente.
En este sentido como en todos los demás, el posadero del León de Oro de Montargis podía servir de modelo, y el bosquejo rápido que acabamos de trazar de sus compañeros en general, podría parecer á los que le conocieron, un retrato exacto de Maese Rigaud.
Nadie mejor que él sabía matar el tiempo, ese enemigo eterno de los que no quieren trabajar. Con qué arte variaba las ocupaciones de aquella vida ociosa! ¡qué de horas... pasaba las noches de invierno al lado del hogar, cambiando una piedra sobre la otra y quemando los troncos que la llama consumía! ¡con qué delicia se dormían sus manos en los bolsillos de su chaquetón! Mientras todos trabajaban en torno suyo, él contemplaba con pacífica quietud la agitación de los otros y empleaba tesoros de paciencia en admirar sus fatigas y aparecer tranquilo en medio de ellas.
En cambio, si tenía que apoyar una reclamación de pago ó despedir á un peatón que se presentaba sin otro bagaje que un gran plato que le servía de apoyo, maese Rigaud sentía despertar toda su actividad. Había en aquel hombre algo de analogía con el perro